

REPORTAJE



01

Una librería y su época La historia de Barcelona y Catalunya se reflejan en la de la librería Catalònia

El mundo está gobernado por los libros



02

Daniel Vázquez Sallés, periodista y escritor, es autor de la novela 'Flores negras para Michael Roddick' (Plaza & Janés, 2003) y de 'Comer con los ojos' (RBA, 2006), un viaje culinario por el mundo del cine

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS "He sido librero y moriré librero", señala Sebastià Borràs, único socio superviviente de la saga que fundó la librería Catalònia en 1924. Si las ciudades necesitan de sus monumentos para ser universales, son otros pequeños tesoros los que las hacen únicas. Una ciudad sin sus librerías de marca, menudas alejandrías que sobreviven a la vorágine de una cultura teñida de óxido de carbono, es una urbe con el corazón enfermo. La Llibrería Francesa, El Cinc d'Oros, Castells, en Barcelona son muchas las *alejandrías* que han fenecido fruto de la especulación urbanística. La librería Catalònia ha resistido a las constantes crisis del libro, a la presión de grupos inmobiliarios, a un incendio, tres embates que sin unos cimientos bien anclados, la hubieran convertido en pira funeraria.

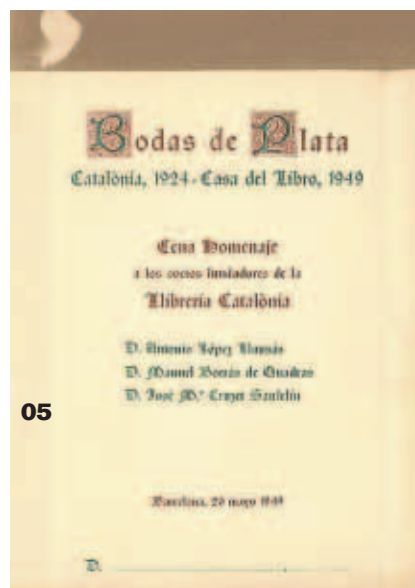
La Catalònia se fundó un año después de que el general Primo de Rivera diera su golpe militar. En medio de esta bipolaridad, la España de represión frente a la España de la Generación del 27, Manuel Borràs de Quadras, hijo de la burguesía catalana, tuvo la idea de mon-



03



04



05



06



07



08



09



10

01 En la ronda Sant Pere, en 1932, con el lema 'El món és governat pels llibres' en la fachada

02 Josep M. de Sagarra, Josep M. Pi i Suñer y Josep Pla en una imagen de los años 50

03 Catálogo de

una exposición de Subirachs (1948)

04 Anuncio del traslado a la ronda Sant Pere

05 y 06 Tarjeta del homenaje a los fundadores en las bodas de plata (1949)

07 La librería en plaza Catalunya

08 Inauguración de los nuevos locales en 1931

09 Una tertulia con, entre otros, Sebastià Gasch y Pere Pruna (sentados) y Rubió i Tudurí

10 Autorización para una exposición en febrero de 1941

tar una librería. Burgués pero demasiado joven para disponer de dinero, a Manuel no le quedó más remedio que recurrir a su madre para llevar a cabo su proyecto. La señora De Quadras, madre ante todo, le contestó: "Te voy a dar el dinero, pero para ser un librero *comme il faut*". Este *comme il faut* define el carácter de la burguesía emprendedora de la Barcelona de principios del siglo XX. Si Manuel quería montar un negocio, en teoría, poco lucrativo, debía alejarse de los vetustos negocios carpetovetónicos y abrir su hambruna cultural a las librerías de la Europa de vanguardia. Con la bendición materna, su tío Josep Maria Trias de Bes, un ciudadano *comme il faut*, le puso en contacto con un editor y librero de tercera generación llamado Antoni López Llausàs. Llausàs, hombre de olfato inteligente, aceptó ser su socio. No tenía dinero, pero podía aportar su experiencia, libros provenientes de su librería de la Rambla y acercarle al grupo de ilustrados barceloneses que garantizarían el éxito del proyecto. Uno de ellos, su amigo y colaborador Josep Maria Cruzet, buscaba un ámbito en el que explayar sus inquietudes intelectuales y se sumó al dueto. El círculo estaba cerrado.

Con la voluntad de crear una librería revolucionaria, Llausàs se llevó a Borràs al París de extensos bulevares recorridos por Man Ray, Duchamp, Gertrude Stein, Sydney Becket, Hemingway o Abel Gance. Si París era una fiesta, sus librerías, alejadas de esos rancieros establecimientos de vidrieras cerradas con llave, eran lugares de encuentro e intercambio cultural en los que los libros, lejos de ser fetiches, eran objetos que se podían oler y tocar. Entusiasmados ante esos espacios abiertos al conocimiento, Llausàs y Borràs volvieron con las ideas claras. Aunque la escritura del local data de 1928, el 8 de mayo de 1924, en plaza Catalunya 17 nació la Llibreria Catalònia, un prodigio más en la Barcelona *noucentista* y que debía su nombre a los principios catalanistas de sus socios, hombres muy ligados a los postulados de la Lliga Regionalista.

La energía de los tres fundadores convirtió la Catalònia en un centro multifacético y dinamizador de la cultura barcelonesa. Librería, quiosco, editorial, imprenta, lugar de tertulias, de presentaciones de libros y de exposiciones. Del oficio de editor de Llausàs y de su imprenta de la calle Casanova surgieron obras fundamentales de la cultura catalana. El *Diccionari Fabra*, que se vendía en fascículos, la *Historia de Catalunya* de Rovira i Virgili, el magazine *D'ací i d'allà*, el semanario *Imatges*, las colecciones editoriales *Quaderns blaus*, especializada en biografías, *Biblioteca literaria*, destinada a promocionar autores catalanes y desde la que se publicaron los primeros libros de Pla y Sagarra, y la *Univers*, dedicada a traducir al catalán a autores extranjeros. Obras que llevaban el pie de Llibreria Catalònia pero cuyos derechos eran propiedad de Llausàs.

Muy interesante es la historia del magazine *D'ací i d'allà*, considerado la primera revista catalana de estilo europeo. Fundado en 1918 por Editorial Catalana bajo el patrocinio de Francesc Cambó y dirigido en sus inicios por Josep Carner, López Llausàs se hizo con el control del magazine en 1924 al adquirir la editorial propietaria de la publicación. Para dirigir la segunda etapa, Llausàs eligió a Carles Soldevila, hombre cuya visión poliédrica de la cultura posibilitó la entrada de un grupo de colaboradores como Sebastià Gasch, M.A. Cassanyes, Josep Palau, Josep Lluís Sert o Joan Prats, cuyos artículos de opinión se convirtie-

ron en vehículos de difusión de la cultura y el arte contemporáneo y contribuyeron, en los años de existencia de la publicación, a difundir, entre otros, la obra de Miró, Arp o Klee, y a utilizar los bajos de la futura nueva sede como espacio de exposiciones como sucedió con la obra del aún minoritario Dalí.

Ante la magnitud que estaba adquiriendo la empresa, los tres socios decidieron trasladarse en 1931 a un local más grande situado en la Ronda de Sant Pere que pertenecía a la familia Vilar-dell. Había sido proclamada la República, Lorca y Baroja daban conferencias, personalidades ideológicamente opuestas como Andreu Nin y Eugeni D'Ors, de los que la Llibreria Catalònia había editado *Les dictadures dels nostres dies* (1930) y *Gualba, la de mil veus* (1935) respectivamente, eran asiduos visitantes, y el sueño de un mundo dominado por la cultura libre de autoritarismos hizo que se colgara en la fachada del edificio el lema: "El món és governat pels llibres". Una quimera hecha añicos al estallar la Guerra Civil. De los tres socios, Manuel Borràs fue el único que se quedó al frente del negocio. Cruzet, hombre católico perseguido por los piquetes izquierdistas por su amistad con Cambó, huyó a Francia y se pasó al bando franquista instalándose en San Sebastián. López Llausàs, hombre más vinculado al catalanismo de izquierdas, buscó asilo en Francia, desde donde saltó a México para recalar definitivamente en Argentina, país que hizo su patria y en el que, con los años, se convirtió en un baluarte de las letras hispanoamericanas.

Al acabar la guerra, Cruzet se reunió de nuevo con Borràs en una Barcelona decapitada. Enfrente, les quedaba la ar-

Manuel Borràs, Antoni López Llausàs y Josep M. Cruzet fueron los tres nombres esenciales para la Catalònia

dua tarea de revitalizar una librería en la que gran parte de sus asiduos clientes habían tomado el camino del exilio. Obligada a rebautizarse, Cruzet registró la librería con el nombre de La Casa del Libro. Ingenuamente, Cruzet creía que el franquismo acabaría derivando, a corto plazo, en una monarquía parlamentaria y la registró por un año pensando que pronto recuperaría su nombre original, decisión que le costó, a la larga, problemas de registro con Planeta cuando ésta adquirió Espasa-Calpe.

En la distancia, López Llausàs seguía en contacto epistolar con sus socios y sólo al final de los años 40 decidió volver esporádicamente para gestionar y controlar sus papeles desde el despacho que permanecía cerrado durante sus largas ausencias. La rebautizada Casa del Libro había hecho una ampliación obligada de capital y habían entrado nuevos socios, casi todos provenientes de la disuelta Lliga Regionalista. Cruzet era ahora el *pal de taller* mientras que a Llausàs le esperaba otros menesteres. Desde su llegada a Buenos Aires en 1939, Llausàs tenía un proyecto entre manos: la gerencia de la Editorial Sudamericana recién fundada por Victoria Ocampo y Oliveiro Gironde. La primera obligación de López Llausàs, hombre de instinto pragmático, fue la de apuntalar la editorial con títulos de autores foráneos de prestigio; en 1959 ya contaba con los premios Nobel Mann, Faulkner, Steinbeck, Hesse o Hemingway. Y mientras creaba ese fondo de hondo calado literario y comercial, López Llausàs se dedicó con >



01

> empeño a dar oportunidad a jóvenes autores latinoamericanos que, a duras penas, trataban de despertar el interés de la crítica. Borges se le resistió y como mal menor, publicó sus traducciones de *Las palmeras salvajes* de Faulkner y de *Orlando* de Virginia Wolf. Pero su olfato y su retina de editor de raza le llevaron a descubrir el talento de Julio Cortázar con *Bestiario* o el de Juan Carlos Onetti con *La vida breve*, siempre con la ayuda inestimable de su hijo Jorge López Llovet, muerto prematuramente en 1962, y la de Francisco Porrúa, del que López Llausàs decía "no publico nada sin la aprobación de mi lector desconocido". Una vez publicado *Cien años de soledad* del entonces semidesconocido García Márquez en 1967, Sudamericana se convirtió en el sello editorial por antonomasia de América Latina. Era tanta la voracidad literaria de López Llausàs que en 1946, estimulado por la fundación de la editorial Selecta por Cruzet, creó Edhasa, editorial que primero se dedicó a la distribución en España de libros publicados en América Latina, y más tarde, a editar su propia colección.

Lamentablemente, la figura de Josep Maria Cruzet, un hombre de un valor incalculable para las letras catalanas durante el franquismo, no ha merecido la misma suerte que su socio. Tras la instauración de la democracia, su actitud en la contienda civil le condenó inmerecidamente al ostracismo. Cruzet fue el primero en reemprender la publicación de literatura en catalán solicitando la edición de la obra completa de Verdguer, cuyos derechos pertenecían a la familia Borràs. Verdguer era clérigo e ideológicamente no dudoso, por lo que el permiso fue concedido con dos condiciones: la obra tenía que publicarse en edición de lujo y con una normativa prefabricada. Aunque Cruzet constituyó la Selecta en 1946, la obra de Verdguer, publicada en 1943, fue la primera que llevó este sello, y tras ella, fueron publicándose obras de Eugeni D'Ors, Rusiñol, Maragall, Sagarra y otras de incipientes autores en castellano y catalán, repartidas en tres colecciones esenciales para la resistencia y la lenta recuperación de la cultura catalana: la Biblioteca Perenne (obras completas), la Biblioteca Excelsa (autores contemporáneos) y la Biblioteca Selecta (la colección central). Cruzet, con la ayuda inestimable del discípulo de Fabra Josep Miracle y gracias al soporte económico de la librería, pudo trampear numerosas dificultades.

Un hombre imprescindible en la vida de Josep Maria Cruzet fue Josep Pla. Buena prueba de ello es el libro *Amb les pedres disperses. Cartes 1946-1962*, 463 cartas cruzadas entre el editor y el escri-



02



03



04



05

01 La librería en una imagen del día del Libro de los años 60

02 y 03 Imágenes del incendio que destruyó la librería el 22 de abril de 1979

04 María Aurèlia Campmany en un acto en la Catalònia en los años 80

05 Jordi Pujol en un acto celebrado en los locales de la ronda Sant Pere en los años 80

06 Fachada de la librería en 1968 con un cartel en la

fachada en recuerdo del centenario del nacimiento de Pompeu Fabra y relativo a la nueva edición de su diccionario

07 Una imagen de la librería en los años 60

08 La fachada de la librería en la ronda Sant Pere tras las obras de remodelación en el 2003

FOTOS ARCHIVO LIBRERIA CATALONIA / CON LA COLABORACION DEL DEPARTAMENTO DE DOCUMENTACION DEL CCCB



06



07



08

tor heredadas por Frank Keerl y Sebastià Borràs. Cruzet era el editor del Pla que había vuelto a escribir en catalán y en las epístolas se evidencia una relación profesional y una admiración personal. Pla le cuenta sus nuevos proyectos, la manera como piensa enfocar esta u otra obra, el interés por recuperar obra escrita antes de la guerra para hacerla desaparecer de la circulación, sus preocupaciones creativas, sus problemas de salud que le obligan a dejar el alcohol, el café, a limitar el tabaco. Cruzet, por su parte, le pide su parecer sobre proyectos inmediatos, le cuenta los teje-manajes con la censura, le detalla pagos efectuados a cuenta de algunos libros, le pide consejo sobre la publicación de autores, como queda de manifiesto en la carta del 1 de marzo de 1946 en la que le expresa su interés por la obra de Caterina Albert-Víctor Català. Pla, en respuesta fechada el 8 del mismo mes, le recomienda que se dirija "a la señora o señor de la literatura de manera floreada ya que Albert tiene la modestia y la pederantería escondidas". De esta colaboración Cruzet-Pla, Pla-Cruzet, nacerían *El vent de garbí*, *El carrer estret*, *Girona*, *Els pagesos* o *Cartes d'Itàlia*, cinco de las veintidós obras publicadas en Biblioteca Selecta.

Con la fuerza de una editorial y la plataforma de la librería dirigida por Manuel Borràs, Cruzet decidió volcar sus energías en dar un nuevo impulso al día del Libro, fiesta muy ligada a las letras catalanas. La festividad había nacido el 7 de octubre de 1926 con el consentimiento de Primo de Rivera y el Real Decreto firmado por Alfonso XIII para celebrar el nacimiento de Cervantes, pero en 1930 se trasladó al 23 de abril en conmemoración del óbito del escritor. Una suerte. El 23 de abril coincidía con la *Diada de Sant Jordi* y "la fiesta ganó en solemnidad", como diría María Borràs de Cruzet en una entrevista publicada en 1956. Se acicalaron las calles con libros y con flores, las librerías se abrieron al fin al público. La Casa del Libro trataba de recuperar su espíritu fundacional. Un ejemplo es la exposición de los dibujos de Opisso celebrada en 1943. Pero ese objetivo no fue plenamente posible hasta que Cruzet, apoyado moralmente por Pla, decidió dar nueva vida al premio semiclandestino Joanot Martorell, creado por la familia Aymà en 1947, y montar el certamen literario de la Nit de Santa Llúcia. Sus dos primeras ediciones -1951, ganador, Josep Pla- y 1952 -ganador, Xavier Benguerel-, se celebraron en La Casa del Libro. En 1960 el premio Joanot Martorell fue rebautizado como Premi Sant Jordi. Con las nuevas ediciones se irían incorporando al certamen otros galardones (Víctor Català, Carles Riba, Joaquim Ruyra, etc.). El apoyo de la sociedad cultural catalana fue un estímulo y su envergadura supuso que en 1961, Cruzet y su Selecta legaran la organización del evento al recién creado Òmnium Cultural.

"Con una tenacidad admirable, con una pasión fría, ha luchado contra la situación más trágica por la que ha pasado, en los tiempos modernos, nuestro espíritu", palabras de Pla dedicadas al Cruzet incansable y también responsable de la *Enciclopèdia Catalana* (1955) y de la editorial Aedos. La vieja y la nueva hornada de autores catalanes tenían en la Selecta su rampa de lanzamiento, en La Casa del Libro su lugar de intercambio intelectual con otros apátridas del franquismo y en el día del Libro, su marco ideal para mezclarse con un público hartado de boletines oficiales. Josep Maria Espinàs, Joan Fuster, Maria Aurèlia Capmany, Manuel de Pedrol, Blai Bo-

net, fueron asiduos visitantes y conferenciantes. Los encuentros literarios y las tertulias político-culturales reunían a gentes como Manuel Cruells, Claudi Ametlla, Josep Romeu, Marc Taxonera, José Raimundo Bartés o Manuel Riera Clavillé.

Cruzet, un hombre de profundas creencias religiosas, debía tener las energías muy diezgadas para poner fin a su vida el 17 febrero de 1962. Luto para la Selecta y la Catalònia, crespones negros para las letras catalanas con tres mil títulos heredados fruto del titánico esfuerzo de Cruzet. Con la muerte del editor, Pla escuchó los reiterados cantos de sirena de Vergés y decidió publicar su obra en Destino. La Selecta se quedaba coja pero continuaría sus andanzas de la mano de María Borràs de Cruzet hasta que fue adquirida por Edicions 62.

En 1974, Sebastià Borràs, que nunca había querido ser librero pero que llevaba el oficio en los genes, entró a trabajar con espíritu renovador en la librería. Ésta contaba entonces con sesenta trabajadores y un esqueleto arcaico para soportar los tiempos modernos. Lamentablemente, su padre Manuel murió un año más tarde y, como diría Sebastià, su aprendizaje en el oficio quedó huérfano demasiado pronto. Una desgracia a la que le siguió el devastador incendio sufrido el 22 abril de 1979 por la Catalònia; con el aperturismo de 1976 había recuperado el nombre original. Lo que se salvó de las llamas no fue mucho: archivos, fotografías, cartas cruzadas de Cruzet con autores, treinta manus-

Tras la Guerra Civil los Cruzet decidieron relanzar el día del Libro e impulsar la Nit de Santa Llúcia

critos de Pla y unos cuantos de Rusiñol. De los papeles de López Llausàs y de su despacho cerrado, no quedó nada. Un golpe duro para el editor vuelto del exilio, que murió ese mismo año en Barcelona. Lo que no pudieron hacer Franco o la junta militar argentina, lo hicieron las llamas.

La librería volvió a abrir sus puertas en 1982, pero desde el incendio, fue coja de presupuesto. Sin posibilidad de adquirir nuevas tecnologías, competir con los nuevos supermercados culturales como FNAC era imposible. En 1998, los socios de la Catalònia decidieron vender sus acciones a Bertelsman. Pero los vaivenes editoriales de Bertelsman, a veces parecidos al camarote de los hermanos Marx, y la elección no muy acertada de un gerente que el día del libro contestó a un comprador interesado en Hemingway que este no iría a firmar, hizo que el proyecto fracasara a pesar de que en el 2000 entrara Miquel Colomer como intendente.

Sebastià Borràs, accionista minoritario, decidió devolver a la Catalònia a sus orígenes. Con Miquel Colomer al frente, cuatro librerías comarcales de tradición sesentayochista, Robafaves, El Cau Ple de Lletres, La Gralla, La Llar del Llibre", compraron en el 2003 las acciones a Random House Mondadori con la intención de volver a colgar en la fachada el lema: "El món és governat pels llibres". Superados los conflictos inmobiliarios con Caixa de Sabadell, propietaria del edificio, la moderna Llibreria Catalònia es una esperanzadora realidad que intenta recuperar la huella de Manuel Borràs, López Llausàs y Josep Maria Cruzet. Como cantó Raimon: "Qui perd els orígens, perd la identitat". |